



**S** IEMPRE es nuevo, si se escribe la fecha actual, el paseo por los malecones del Sena, cubiertos de libros, tapando

las perspectivas del agua y de sus barcos con el bombo de los toscos pupitres entreabiertos.

Cada peripatetismo por esa estrecha vereda a través de los años, dice un contraste más profundo con la vida y se desprende una lección más viva de sugerencias, proporcionándonos una intención de libros más audaces la contemplación de esos rimeros marginales.

Hace años, en el descubrimiento de esa pestaña profunda de la vida de París, pensamos que allí estaba escrito todo y abajámbamos la cabeza, meliéndola en el cepo de los "secretaires" entreabiertos, pero poco a poco hemos ido comprendiendo que lo que hay que decir no está escrito y que ese artificio debe ser sólo trampolín emulador de nuevas creaciones.

Necesitamos el estímulo y los rayos librescos que se escapan a esas buhonerías de libros para enderezar futuros proyectos y dar al espíritu consistencia. Es muy saludable para la mente ese paseo respirando librerías.

Tiene algo de fondo de farmacopea antigua, ese fondo de la mochila de los malecones, y hay como una botánica seca, salutar, majada por el tiempo y mensurada por las estaciones, que es verdadero emoliente de la inspiración.

Es un equipaje que dejamos arrumbado y traspillado en todas las despedidas y nos encontramos curioso pero integérrimo al volver cara a la misma estación.

Los libros han ido adquiriendo vida monstrual en ese encierro en cofre de cala de barco, y los encuadernados en cuero tienen vida de grandes ratas maliciosas, con escapadas a la noche por las alcantarillas de París.

Parece que todos esos libros con gesto de zapato usado y descascarillado hacen excursiones misteriosas para adquirir la erudición del subsuelo, la

más profunda erudición de la vida.

El pasar por ellos de la vida les añade lo no escrito pero entropaginado entre sus hojas y se les observa como más llenos de experiencia que lo que a simple vista parece.

Ya no son los mismos libros que eran sino que han ganado en la prensa de sus cofres.

Ver nuestro tiempo en otros tiempos es uno de los mayores goces de asomarse al arte y lo convencional de la medianería retórica evita esa contemplación en muchas obras.

En estos libros viejos entramos en el mismo reservado de la vida actual y al mismo tiempo sentimos con gozo superfluo y exquisito que son los muertos hace siglos los que viven en la recatada sala la fiesta de su amor.

Añadimos humanidad extravasal a la humanidad actual todo cuyo perímetro reconocemos, y añadimos intensidad a las cosas.

Tienen aire de baúles que nos dejaron en herencias que no llegaron a nuestras manos, cajones que tenían debajo de la cama unas viejas abuelas de todos.

Hay algunos puestos que no se abren nunca. Murió su guardador y propietario en su guardia miserable y el candado permanece engatillado con el diente metido en la cuña hasta que no se sabe qué pueda suceder.

Quizá algún puesto cerrado está en litigio de herencias y no se abrirá hasta que le llegue su turno al pleito en el interminable cangiloneo de las Salesas.

También puede ser que el dueño de ese baúl a cuestas del pretil para siempre, espere que los libros se avejenten más y adquieran, como una bodega, el prestigio de más años, y cuando los saque un día todos sean incunables.

El derecho a cada puesto es un derecho tan antiguo y que concedió tan legendario Rey, que no hay quien revise la práctica de las librerías y pueda indagar en los tesoros que sobrenadan sobre el naufragio del tiempo.

Algún Molsés, único de otros cultores, ha sido salvado en esos herméticos flotadores re-

## LAS MOCHILAS ESCOLARES DEL SENA

POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Para LA NACION) PARIS, Julio de 1930

viviente aun, pues el libro es la momia mejor embalsamada, la momia que sigue viviendo.

Los libelos se van haciendo cocodrilos en esa sombra y los libros de amor se hacen más clandestinos en esa maleta in-móvil.

En los cajones que están junto a los puentes que son vistos por el revés por las gentes que avanzan por el puente, hay un reclamo en grandes letras amarillas en que se lee "Clásicos".

Y una tarde, junto al humorista Camí, he estado contemplando la entrada por una puerta abierta en lo bajo de ese anuncio, en que los que iban al "metro" parecían entrar en la condenación de los "clásicos" creyéndose tales.

—¡Cuánto clásico hay!—decíamos, riendo, al ver entrar tanta gente por la létrica puercecilla.

Nunca reciben toda la luz y el aire esos mostradores de libros, por que apenas se entrecambren, demostrando con ese gesto tímido que es recatado lo que ocultan y que sus goznes oxidados no pueden desperdarse demasiado.

Ya no se pasa ante las fauces abiertas de esos reservorios de libros con esperanza de grandes adquisiciones, sino sólo para reparar el relato de los títulos de los libros que por sí solos construyen una novela independiente, de fracaso literario con centelleos de éxito, con deseos de empujarse sobre lo trillado, con gritos de querer ser.

Ahora hay unos bolsistas del libro que hacen el repaso de los malecones con dobles gafas sobre el caballete de la nariz, y cuando sus manos cogen un libro lo pinzan como un terrón con plizas de garra.

Ni el mismo dueño del cajón sabía que estaba allí aquel libro, pues se había ocultado entre dos amigos con granjería de colegial para que no le vea el maestro y como tiene un precio antiguo escrito en una punta, tiene que dárselo por lo que está cifrado.

Estos hombres que guardan los puestos parecen eruditos venidos a menos, fracasados de poder entrar en ninguna academia o instituto y que cansados de leer se dedican a vender los libros que leyeron.

Su apariencia sugiere eso, pero es menester saber que el mejor vendedor de libros es el que no ha leído nada.

Tienen trajes especiales para el invierno como si fuesen la-

pones y encienden un braserillo en la ancha suela de sus zapatillas. En verano toman aspecto de pescadores de caña y están atentos al cebo de sus libros, saliendo mucho antes que se dirijan a ellos en consulta quien ha picado de verdad.

Las viejas que salvaguardan algunos puestos tienen un aire erguido de escuchonas y como la mujer sabe cuál es la hora de la insinuación, ellas sorprenden el gesto de venirles a preguntar por el que se acaba de prender de tal libro amarillo o de tal estampa.

—Yo tenía unos grabados del siglo XVII—me dijo un día un amigo—y no me los quisieron porque no tenían mujeres desnudas... Eran unos filósofos.

Después de todo, comprendí el sentido alegre de esa exclusividad, gracias a la cual hay como una cenefa de galantería todo a lo largo del río.

El acto de todos los que se (Continúa en la pág. 38)

## La Crema Hinds fortalece el cutis contra las inclemencias del tiempo, sin maltratar su juvenil tersura...

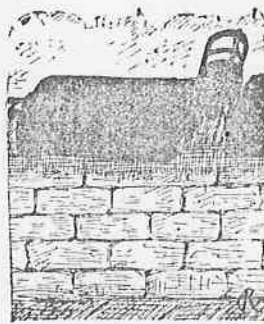
Noches de invierno heladas, inclementes. Cambios bruscos de la tibieza del salón al frío de la calle. Lluvia menuda, molesta, pertinaz. Vientos que cortan y envejecen el cutis... a menos que se le proteja. En esta época, más que nunca, precisa usar a menudo Crema Hinds.

Treinta años de uso han comprobado que la Crema Hinds no sólo fortalece el cutis y lo protege contra las inclemencias del tiempo, sino que le devuelve su juvenil tersura si ha dejado usted que por un descuido la pierda.

Si aún no conoce usted la Crema Hinds, ensáyela. Cuando vea lo pronto que rejuvenece el cutis... lo fresco y suave que lo deja... lo juvenil que lo conserva, la seguirá usted usando siempre.



## CREMA HINDS



DIBUJO DEL AUTOR

